

## XLIV.

Una vez en tierras de Castilla, la infanta comió huevos frescos, que tomaba por sí misma en las alquerías de los nidos de las gallinas, y leche que veía ordeñar.

Tres días despues, llegaron á la casa fuerte de los Cigarrales de Toledo.

Hé aquí que la dama mora que hemos presentado en el retrete árabe de la casa fuerte de los Cigarrales, era la sultana Zayda Fatima.

## CAPITULO VIII.

## DE CÓMO ESCAPÓ ZAYDA FATIMA DE LA CASA FUERTE DEL INFANTE DON JUAN.

## I.

Conocia la infanta la historia de don Juan, aunque personalmente no le habia conocido hasta el dia de la fiesta de las buenas hadas de su hermano el infante Ismail.

Su padre se la habia contado.

La sultana, con una perspicacia que hubiera podido llamarse presentimiento, habia dicho á su padre:

—¿Y para qué tienes en tu reino á un tan mal caballero? Haz con él lo que hubiera hecho tu enemigo el rey de Marruecos: mátale; á los animales feroces y astutos se les debe matar donde quiera se les encuentre.

Si Mojammet-ben-Nazar-el-Ansarí hubiera escuchado el consejo de su hija, hubiera ahorrado muchas desgracias futuras para sí, para la noble reina doña María y para los reinos de Castilla.

El rey Mojammet veia al infante á través de la política, y

desatendió en mal hora los buenos consejos de su hija, que poseía un alma recta y se había horrorizado con la historia del infante.

## II.

Conociéndole pues, creyendo al infante capaz de todo, al verle delante de sí en el vedado interior del guardado Palacio de los Mármoles, comprendió que no tenía otro recurso que doblegarse á la situación ó morir.

La muerte no la espantaba por sí misma.

Pero la espantaba el dolor desesperado que su muerte causaría á su buen padre.

Por otra parte, imaginó, y no se engañó, que lo que mas importaba á don Juan era tener una prenda tal del rey de Granada que bastase para obtener á cambio de ella un inmenso tesoro.

—Aún no me amenaza la deshonra, pensó Zayda Fatima; cuando me amenace, moriré. Ese infiel no podrá afrentar por mi medio las canas de mi padre.

Y bajo este pensamiento siguió al infante, amenazándole con darse la muerte en el momento en que se la hiciese la mas leve injuria.

La infanta no comía mas que como hemos visto: no dormía; no reposaba.

Exigia se la diese la llave de la habitacion á que la llevaban, y obstruía por la parte interior, con los muebles que encontraba, la puerta, á fin de que el ruido la avisase si el cansancio la rendía.

En el retrete árabe de la casa de los Cigarrales, donde la hemos presentado por primera vez, estaba encerrada por dos puertas, y en la anterior había puesto una mesa y dos sillones que había encontrado en la antecámara.

Zayda Fatima velaba, como siempre, cuidadosa.

Un profundo silencio la envolvía, interrumpido solamente por el zumbir del viento.

Su bella frente parecía como nublada por un pensamiento profundo, por un proyecto atrevido.

Sus hermosos ojos negros se fijaban de tiempo en tiempo en el ajimez del retrete, y un ligero temblor la estremecía, vacilaba: al fin, como sucede á todas las almas enérgicas, despues de la vacilacion, sobrevino la resolucion.

Durante el camino, la infanta había tenido motivo bastante para aterrarse.

Había visto el fuego de un amor impuro, único que podía sentir don Juan, en la sombría mirada de este.

¿Con qué defensa mas que con la de Dios podía contar aquella pobre jóven?

Durante el camino y durante las paradas, había podido intentar una fuga; pero, ¿qué hacer una vez lograda aquella fuga en un país enemigo de su padre, en el que podía dar al primer paso con un nuevo señor, acaso mas peligroso que el infante don Juan?

Entonces era distinto; sabía que estaba muy cerca de Toledo; que en él moraba una noble reina, enemiga, es cierto, de su padre, pero generosa y leal.

Por esto las miradas de Zayda Fatima se fijaban irresolutas en el ajimez del retrete.

Al fin, cuando se resolvió, cuando una firme decision medió á las vacilaciones, se levanto y abrió el ajimez.

Una fuerte ráfaga de viento que penetró en el retrete retorciéndose en él, apagó la luz de la lámpara.

—¡Ah! dijo la infanta; el viento es mas previsor que yo: he debido apagar la luz antes de abrir este ajimez, por temor de que la casa, como es posible, esté guardada por fuera; pero no, no lo está, no se siente nada: la noche es muy oscura, no se puede apreciar la profundidad. ¡Oh poderoso Allah! ¿Qué haré? ¿cómo la apreciaré? ¡Ah! la lámpara, sí, la lámpara que ya no sirve para nada.

Y se retiró del ajimez, buscó á tientas la lámpara de hierro

que habia alumbrado antes el retrete, la encontró, la tomó, se volvió al ajimez, esperó uno de los intervalos en que cesaba el viento, y cuando sobrevino dejó caer la lámpara y escuchó con atención.

La lámpara produjo un leve ruido hueco á poca profundidad.

—¡Ah! dijo con alegría la infanta, mi haique, mi haique basta.

Y le buscó en el lugar adonde habia estado sentada.

Un haique era una ancha tela mas ó menos rica de seis ú ocho varas de largo, en que se envolvian las moras y se envuelven aún las bien acomodadas de las ciudades en Marruecos para salir á la calle, no dejando libres mas que los ojos.

La infanta partió por la mitad á lo largo su haique, que era muy ancho.

Retorció la una mitad y la ató por un extremo á la columna del ajimez.

La otra mitad la conservó para envolverse con ella una vez fuera.

Luego montó el alfeizar del ajimez y se dejó caer á lo largo de la parte del haique retorcida, llegando al suelo sin mas accidente que haberse quemado las manos con el roce.

Una vez en el suelo ganó rápidamente la vuelta de la casa fuerte y vió al otro lado la masa informe del monte en que se asienta Toledo, y las luces que se veian acá y allá á través de las ventanas de la ciudad.

La noche, aunque oscura, no lo era tanto que no se pudiese distinguir el sendero que se tendia por la vertiente.

El Tajo dejaba ver un claro blanquecino cortado en un punto estrecho.

Aquel punto estrecho era el puente de San Martin.

Por el arco de su primera torre, se veia el débil reflejo de la luz que alumbraba la imágen colocada en el nicho de que ya hemos hecho mencion.

La sultana estremecida de frio y de ansiedad, que no de miedo, se envolvió en su medio haique, y descendió rápidamente, llegando en pocos minutos al puente de San Martin.

Uno de los de la guarda, al reconocer en ella á una mora, la detuvo.

Zaida Fatima habia contado con esto.

Afortunadamente hablaba el castellano, aunque mal.

Debia este conocimiento á una cautiva cristiana que el rey su padre la habia dado por esclava.

—¿De dónde vienes tú, hija del diablo? la preguntó el záfio soldado que habia sido su primer tropiezo, y que como todos los castellanos sentia un odio á muerte contra los moros.

—Llévame á tu reina, contestó Zayda Fatima.

—Y es verdad, dijo el soldado, ¿á quién hemos de llevar una mora que se nos viene encima mas que á la reina? pero deja que avise á mi capitan.

—Ah, ¿hay con vosotros capitan? dijo Zayda Fatima, llévame á él.

El soldado introdujo á la infanta en el estrecho y negro aposento destinado al capitan de la guarda de la puerta.

Era este un viejo y francote soldado, que al ver á la infanta y al reconocerla por mora, abrió enormemente los ojos y la boca.

—¡Ah, pardiez, esto por aquí! dijo, ¿de dónde has salido, mora?

—Vengo de Granada, contestó Zayda Fatima, porque allí he tenido noticias de vuestra buena reina, y he querido conocerla: llévame á ella.

—¿De Granada! ¿Vienes tú de Granada y sola?

—Sola.

—¡Y sin tropiezo!

—Sin tropiezo.

—Y pareces mora principal.

—No sabes cuán principal soy y que si no me llevas al punto á la noble y buena reina de Castilla, podria venirte mal.

Afortunadamente Zayda Fatima tenia cubiertas por completo con el haique sus riquísimas alhajas, que eran las mismas que dijimos tenia sobre sí la sultana cuando la sorprendió el infante don Juan.

Y por mas fortuna, el no sé qué de majestuoso y de imperativo, que como una cualidad de su sér se desprendia de la princesa, impusieron respeto al capitan, que no se atrevió ni aun á pedirla que se descubriese.

De otro modo, de tal manera habian corrompido y desmoralizado las contínuas guerras civiles, las contínuas traiciones á aquellos aventureros sin honor y sin fé, siempre dispuestos á servir al que mejor les pagaba, sus alhajas hubieran matado á la sultana.

El Tajo corria silencioso bajo el puente, y se le podia confiar un cadáver.

Pero el capitan se sintió puesto en respeto por la actitud, por el acento, por la grandeza que se desprendia de la sultana, y dejando encargada la guarda á un segundo, se encaminó con la infanta al alcázar viejo.

Apenas habian entrado en él, cuando un caballero como de treinta y cinco años, hermoso, grave y con rico traje y ricas armas, en armonía con su linaje, al parecer esclarecido, se encontró al pié mismo de las escaleras con Zayda Fatima, y casi tropezó con ella.

—¡Ah! ¿qué es esto? capitan Ruidarias, dijo el caballero, ¿qué mora es esta?

—Yo no lo sé, mi señor don Alfonso Perez de Guzman, contestó Ruidarias.

—¡Ah! exclamó con vehemencia Zayda Fatima, interrumpiendo bruscamente al capitan: ¿eres tú, señor, el buen alcaide de Tarifa?

—Sí, contestó Guzman el Bueno; ¿y tú quién eres, señora?

—Yo soy, contestó la infanta, la sultana Zayda Fatima, la hija mas querida del rey de Granada.

—¡Tú, tú hija del rey de Granada! exclamó con asombro Guzman.

—¡Sí! ¡yo! exclamó Zayda Fatima, yo, desdichada, robada por el traidor que te mató á tu hijo.

—¡El infante don Juan! exclamó palideciendo mortalmente y dejando ver una espresion terrible en un relámpago sombrío de

sus negros ojos Guzman el Bueno; ¡el infante don Juan! ¿y dónde está?

—En Toledo, contestó Zayda Fatima.

—¡En Toledo! ven, ven, señora, este lugar no es digno de tí ni á propósito para la conversacion que tenemos. Id, capitan Ruidarias, y gracias por el buen servicio que habeis hecho á la señora infanta, hija del rey de Granada, trayéndola al alcázar.

Tales eran las creencias de aquellos tiempos, que hasta en los reyes enemigos é infieles se respetaba la dignidad real.

—Espera, espera un momento, capitan cristiano, dijo la sultana, no quiero que te acuerdes de que has hablado conmigo, de que me has servido y amparado, sin que acompañe á tu recuerdo una memoria mia.

Y sacó de debajo de su medio haique sus manos, dejándolas ver cargadas de riquísimos anillos, y dió uno de ellos con un grueso diamante de gran valor á Ruidarias.

Este se inclinó, besó la mano á la infanta como en acatamiento de su estirpe real, saludó reverentemente al héroe de Tarifa, y se alejó murmurando:

—¡Ah, simple de mí! ¡y he tenido en mi poder un tesoro y le he traído á ciegas al alcázar!

### III.

Guzman asió de la mano á la infanta y subió con ella las anchas escaleras de mármol.

En la mano de Guzman, en aquella robusta mano acostumbrada al peso de la lanza, no se sentia movimiento alguno que revelase la mas leve conmocion, á pesar que se revolvia terrible su espíritu por la noticia de que el infante don Juan, el asesino de su hijo, estaba en Toledo.

Por el contrario, la pequeña y mórbida mano de la infanta, de aquella valiente jóven que hemos visto imperturbable en situaciones terribles, ardia y temblaba.

## IV.

A causa de la gravísima situación que encerraba en aquellos momentos el alcázar; situación que amenazaba resolverse de un momento á otro con la muerte del rey don Sancho, habia en el alcázar un gran tráfico; subian y bajaban por las escaleras; discurrían por galerías y antecámaras, soldados, pajes, escuderos, caballeros, próceres, prelados.

Nadie, sin embargo, aunque todos los que encontraban á Guzman el Bueno y Zayda Fatima, miraban con estrañeza á esta última, detuvieron ni un solo momento á Guzman para preguntarle.

Rodeaba al heróico alcaide de Tarifa una majestad imponente que todos respetaban: le rodeaba la aureola esplendorosa de sus grandes hazañas, y circuia su cabeza la roja aureola del martirio del corazon del padre, antes que padre caballero, que habia acrisolado su lealtad y su altivo valor con la sangre de su hijo en servicio de su señor natural.

Guzman el Bueno habia llegado á hacerse para todo el mundo una especie de sér fantástico, sobrenatural, terrible, admirable, respetable.

El rey le hablaba con veneracion; los demás no le hablaban sino cuando él preguntaba.

Era una majestad de hecho; habia asombrado á su generacion sobreponiéndose á ella.

La reina doña María veia en él su esperanza y su espada.

Los ambiciosos le miraban con sobrejo y con odio: era la roca que encontraban á su paso.

## V.

Sin que los detuviesen un solo momento, como hemos dicho, pero causando el asombro de todos, Guzman llegó por intrincadas galerías, llevando siempre de la mano á la sultana Zayda Fatima, á la antecámara de la reina doña María.

Ni guardias ni camareros le atajaron el paso.

Pero cuando se dirigió á la mampara de cuero de Córdoba que cerraba la cámara de la reina, el ballestero hidalgo de maza que, armado de los piés á la cabeza, daba la guardia, le atajó respetuosamente:

—No podeis pasar, señor don Alfonso, dijo: su señoría la reina ha mandado que no se deje pasar á nadie.

—Yo soy algo mas que nadie, contestó gravemente Guzman, pero sin altanería.

—No soy yo quien os detiene, repuso el ballestero, sino la reina mi señora.

—Esperemos, dijo Guzman; pero es estraño se cierre para mí la cámara de su señoría: ¡qué será!

Y Guzman el Bueno llevó á un sitial á la sultana Zayda Fatima, que se sentó en él quedando inmóvil y profundamente pensativa, y Guzman se puso á pasear delante de ella, abismado tambien en hondos pensamientos.

## VI.

Veamos por qué la reina doña María habia dado órden á sus continuos de que nadie, absolutamente nadie, penetrase en su cámara, ni aun sus damas.

Esto consistia en que la reina habia recibido con grande asombro suyo al infante don Juan.

Al verle se inmutó: no podía esperar nada bueno de la presencia del infante en el alcázar, en los momentos en que agonizaba el rey.

El infante había llegado encubierto hasta la cámara de la reina, habiendo exigido secreto bajo juramento al capitán que le había introducido y anunciado.

El infante estaba armado de todas armas y de una manera estraña, como los golfines del Muradal, ante la reina doña María en los momentos en que el espirante rey don Sancho tenía su última y dolorosa plática con su primo el jóven infante don Juan Manuel.

—Vengo á veros, hermana, dijo el infante don Juan, sin doblar la rodilla ni aun besar como dama la mano á la reina, para que me abrais paso hasta el lecho de mi hermano moribundo.

—¡Yo! contestó la reina mirando severamente y sin asomo de temor al infante; ¡que os lleve yo hasta el lecho de mi esposo y mi señor para que amargueis su ya dolorosísima agonía! ¡y para que os lleve junto á él se me os presentais de improviso, ceñida la loriga, la adarga á la espalda, el capacete en la cabeza, empuñada el hacha; en una palabra, en son de guerra! ¡Ah, que sois bien temerario, infante don Juan! ¡cómo os habeis atrevido á llegar hasta aquí, cuando rebelde al rey, vuestro hermano mayor, vuestro señor natural, os creíamos todos y el mismo rey, perdido allá entre los moros, vuestros buenos amigos?

—Mirad, hermana, dijo tranquilamente el infante sacando de entre su loriga la real cédula que ya conocemos.

Doña María la leyó y dudó.

Tan perfecta era la falsificación.

—Ya lo veis, señora, dijo el infante: mi hermano y señor el rey vuestro esposo, que antes que padre de sus hijos es padre de sus reinos, me llama viéndose cercano á la muerte.

—¡Ah! exclamó la reina doña María; ¡y cómo abusais, hermano, del buen corazón que para vos he tenido y tengo! ¡cómo sabeis que doña María Alfonso de Molina no levantará la voz para llamar á los suyos, á sus leales caballeros, y haceros prender para castigaros! ¡Ah! esto es inconcebible: no teneis ni cora-

zon ni entrañas; parece que la sangre que os alienta no os ha venido de ninguna parte; vivís con vos y para vos solo; os habeis propuesto llegar á vuestro intento, y nada perdonais, nada: yo no puedo miraros sino con compasión; vos no estais en vuestro juicio, infante don Juan. Dios ha levantado de sobre vos su mano, y correis ciego por el camino de vuestra perdición.

—Os escucho tranquilo, hermana, ya lo veis, contestó el infante, en el que á pesar de sus protestas de tranquilidad, se sentía hervir su siniestra cólera; me llamais rebelde, y vos sois, perdonadme que os lo diga, la que en estos momentos ejecutais la rebeldía contra los mandatos del rey vuestro señor y mio: ¿por qué entretenernos en inútiles disputas, cuando el señor rey mi hermano agoniza, cuando llamado por él estoy aquí? Os ruego, señora me franqueeis las puertas de la cámara de mi hermano moribundo.

—¿Qué pensamiento infernal se revuelve en vuestra cabeza, infante, que así os hace atropellar por todos los miramientos, y aun por vuestra propia seguridad? ¡Ah, sí! venís audazmente á pesar sobre la debilidad, sobre las angustias de un rey moribundo; venís con las manos crispadas por la ambición á arrancar la corona de las sienes de vuestro hermano, como si esto fuera una empresa fácil, como si doña María Alfonso de Molina no estuviera resuelta, confiando en Dios, para arrostrarlo todo, todo, hasta el martirio, cumpliendo con sus sagrados deberes de esposa y de madre.

—¡Madre! ¡esposa! exclamó el infante: ¡madre! ¡esposa! ¡sí! pero madre de hijos bastardos que no pueden ser llamados á la sucesión de la corona.

## VII.

Pasó una agonía infinita por los ojos de la reina; palideció, é instantáneamente se enrojeció su semblante, no por la vergüenza, sino por el sentimiento de la injuria; se puso la mano sobre el

corazon como si hubiera temido que se le rompiese; alzó con una espresion sublime sus hermosos ojos al cielo, como buscando su fortaleza en Dios, y exclamó con voz opaca en que se revelaba la fatiga del alma:

—¡Acabo de escuchar la primera terrible voz de la guerra civil que ha de levantarse sobre el cadáver de mi esposo! ¡y es su hermano quien me deja escuchar esa horrenda voz! ¡bastardos mis hijos! ¡bastardos, Dios mio! ¡y yo, yo la mujer ilegítima, la manceba!... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Sí! ¡sí! ¡es cierto! sobrina soy del santo rey don Fernando, cuyo espíritu me acorra en estos terribles momentos de prueba! ¡nieto es mi esposo de aquel santo rey, es mi sobrino! Nuestro Santísimo Padre no ha dispensado el parentesco, cierto; pero estas dispensaciones son comunes entre reyes, y aun entre los que no lo son: ¿qué no se ve en esto la mano del rey de Francia, tío de los infantes de la Cerda, que oprime al Papa y le amenaza y le impide por la fuerza de una manera sacrílega nos otorgue á mi esposo y á mí la dispensacion del parentesco que se ha otorgado á todos los reyes? ¡y creéis que Castilla sea tan injusta que se sujete para un asunto tan grave como la sucesion á la corona, á dificultades promovidas por nuestros comunes enemigos? No, infante, no, haceos atrás; la corona que buscáis no está aquí; id, buscadla en el campo, levantad en abierta rebelion vuestro estandarte; yo lanzaré contra él el mio, confiando en Dios y en el derecho de mi hijo, y el Altísimo dará ó quitará la victoria á quien fuere su voluntad. Venid, infante, venid; voy á daros un salvo-conduto y á abriros una salida por la que podais poner os en salvo: no será la primera vez que esto sucede, ni os pido un agradecimiento que no os he debido, cuando una y otra vez he salvado vuestra cabeza.

—Señora, contestó el infante, trémulo ya de cólera, mi lugar está al lado de mi hermano moribundo; hacedme plaza.

—¡No! contestó con una imponderable firmeza la reina, cubriendo la puerta por donde se podia pasar á la cámara del rey.

—Por última vez, señora, os ruego que no me impidais el paso: oidlo bien, por última vez; de no, pasaré.

Y el infante, frenético, blandió su hacha de armas, olvidándose de que estaba ante una dama, ante una esposa cuyo esposo moria, ante una madre que defendia los derechos de su hijo.

## VIII.

Don Juan confiaba en la division de los bandos, en las ambiciones de los grandes señores, con cuya parcialidad contaba, porque no pudiendo ser reyes, no podian aspirar todos á la tutela del jóven rey, dado caso que se proclamase al infante don Fernando.

Contaba de otra parte con el horror que los trabajados pueblos castellanos debian tener á la guerra civil, y lo esperaba todo de la debilidad de su hermano moribundo.

¿Qué importaba que tuviese que desmembrar su corona, engrandeciéndola con pingües señoríos á su tío el infante don Enrique, á los Haros, á los Laras, y que Aragon le arrebatase una buena parte, por mantener imposibilitados de demandar todo derecho con las armas á los infantes de la Cerda?

Lo importante era ceñir la corona, aunque desmembrada: despues habia tiempo de arrancar á los coadjutores de aquella traicion el precio de la traicion.

El infante don Juan no encontraba ante sí mas que un obstáculo que creia muy débil: la reina, y estaba dispuesto á pasar por encima.

La falsificacion de un llamamiento del rey don Sancho de nada habia servido: la reina habia hecho respecto á él lo que hacian nuestras antiguas ciudades respecto á los ordenamientos reales que atacaban sus fueros, sus derechos ó sus conveniencias: le guardaba y no le cumplia.

El infante, pues, se veia obligado á usar de la violencia, y habia llegado el momento.